

DE LOS JUICIOS A LA ÓPERA

José Luis Santamaría del Pozo
Abogado

Como todos sabemos durante el mes de febrero se celebraron conferencias, jornadas de puertas abiertas, conciertos en la calle, representaciones para niños... un sin fin de actos culturales con los cuales muchos países celebraron el IV Centenario de la puesta en escena de la primera obra maestra de la Ópera: "El Orfeo" de Claudio Monteverdi.

Es por ello que la Revista Miramar indagó entre los compañeros para conocer de alguno que dedicase parte de su tiempo libre a escuchar ópera, asistir a representaciones, estudiar el género, entenderlo, compartir charlas con los amigos, deleitarse con algunas piezas musicales... Y encontramos a D. José Luis Santamaría del Pozo el cual nos cuenta a continuación su incursión en el apasionado y apasionante mundo de la ópera.

Casi todo el mundo conoce la escena de la famosa película "Pretty Woman", en la que un relamido Richard Gere, haciendo alarde de exquisitez, poderío económico y "horterez" a la americana, invitaba a la espigada Julia Roberts, en su papel de inculca hetaira, a ver una sesión de ópera, susurrándole con meliflua voz algo así como "con la ópera no hay término medio, o la adoras o la odias". El final, como no puede ser menos en todo cuento de hadas, es que ella se derrite en lágrimas al mismo tiempo que Violeta muere y La Traviata toca a su fin.

En cierto sentido, la expresión del galán puede ser considerada, en nuestra prosa jurídica, como una presunción "iuris et de iure". Cuando alguna vez he sacado a colación el tema de la ópera en una reunión, me he encontrado con esas dos posturas: o enaltecimiento (muchas veces "esnob", hay que reconocerlo y perdón por el anglicismo) o vilipendio. Nunca medias tintas. Pero aunque sólo sea por llevarle la contraria al guaperas cinematográfico (pura envidia, ya lo sé), voy a romper una lanza a favor de la posición intermedia. Y para que nadie se sienta aludido u ofendido, me van a disculpar si centro el protagonismo en este letrado que suscribe.

Mi afición por la ópera viene de antiguo y quizás motivado por el hecho de que, siendo madrileño, comencé muy pronto a escuchar lo que injustamente se ha venido en llamar "género chico", esto es, la zarzuela, que no deja de ser, al igual que la ópera, una combinación de teatro (libreto) y música (partitura). (Permítasenos aquí una digresión: fíjense hasta qué punto es injusta la denominación "género chico" para la zarzuela, en su inequívoco matiz menospreciativo, que uno de nuestros mas grandes tenores, el inefable Alfredo Kraus, interpretaba zarzuelas en ocasiones muy contadas pues reconocía la dificultad del género y el esfuerzo que debía realizar su prodigiosa garganta).

Como decía, fue fácil pasar de las Zarzuelas infantiles a las Óperas adolescentes. Y es en ese momento, el del descu-

brimiento de un auténtico y enorme mundo nuevo, cuando se hace la elección. Y, en efecto, decidí que la ópera me encantaba, pero (siempre hay un pero), no toda. Decir Ópera, con mayúscula, es decir mucho, es intentar abarcar demasiado. Conozco un compañero de profesión de Granada, auténtico melómano operístico que tiene tres mil, sí han leído bien, tres mil grabaciones de ópera y aún dando por sentado que muchas serán repetidas, coincidirán conmigo que es un enorme abanico. Pues bien, desde el primer momento me decanté por los autores italianos y franceses y rechacé a los alemanes, con excepción de Mozart, si es que éste puede ser tildado de alemán (evidentemente, no). Los Verdi, Puccini, Donizetti, Rossini, Bizet, Giordano, etc, y el propio Mozart, alegraron muchas tardes de "estudio en casa de un amigo" cuando en realidad el amigo y yo disfrutábamos del abono del padre de aquél en la fila cuarta del Teatro Real madrileño.

Es curioso observar que muchos de los que afirman tajantemente aborrecer la ópera no han visto una en su vida. Como mucho han escuchado parte de alguna. ¿Quién no alude engoladamente al aria de las Valquirias wagneriana poniendo los ojos en blanco? Lo que no dice es que de la dichosa aria lo que ha escuchado es el trozo que acompaña los bombardeos de Apocalypse Now (lo mismo que casi nadie sabe que esta película se basa en una obra de Joseph Conrad por título "El corazón de las tinieblas"). Pero eso, es otra historia, pero que no ha tenido valor de sentarse a ver y escuchar la obra completa del insigne pero pesadísimo Wagner.

En fin, lo que quiero decir, es que no hay que tener miedo a la ópera, no hay que acudir a ella con prejuicios. Buena medida para evitar estos prejuicios sería que existieran iniciativas, públicas y privadas, para fomentarla, para extender su conocimiento y hacerla llegar más fácilmente al gran público. Con ocasión del cuarto centenario de la ópera (ya saben, del estreno del Orfeo de Monteverdi), el Teatro Real de Madrid la sacó a la calle, y a pesar del frío, a pesar de que la Plaza de Oriente es un marco espléndido, pero con una acús-

tica indeseable para escuchar ópera, a pesar de que no había sillas, etc., la gente acudió en tropel. Mayores, jóvenes y niños. Fue un rotundo éxito. Otro ejemplo: en la madrileña Plaza de Isabel II (más conocida por Ópera), existe un restaurante llamado Café de la Ópera (perdón por la publicidad), en el que los camareros son estudiantes del “bel canto” y con los entremeses te cantan el introito de La Traviata, para fomentar el consumo de espirituosos, entre la sopa y el filete lo mismo te cantan un trozo de las Bodas de Fígaro que una Donna é Mobile de Rigoletto y con los postres una pizza del Don Giovanni mozartiano por si acaso hay un postre adicional. Y está lleno siempre. Uno y otro ejemplo sirven para ilustrar la idea: si existiesen mas iniciativas de fomentar la opera, de extenderla, se destruirían muchos prejuicios y a la gente, estoy seguro, le empezaría a picar el gusanillo de la afición.

Para terminar, un consejo (perdón por la audacia). Como en tantas otras cosas de nuestro ocio (juegos de cartas, deportes, etc.) la ópera, que es puro “divertimiento” como esas otras actividades, necesita de un precalentamiento o de un aprendizaje, siquiera mínimo: antes de sentarse a ver una, léanse el libreto o, por lo menos, un resumen del mismo. Esto es, “sepan de qué va” lo que se disponen a ver y escuchar. Hoy en día es sencillo. Internet facilita mucho las cosas.

Y en cuanto al idioma (siempre se achaca a la ópera de que no se entiende porque está en italiano, o en alemán o en francés), no se apuren. En palabras del genial humorista Quino, a medio mundo le gustan los perros y hasta la fecha no se sabe de nadie que sepa qué quiere decir “guau”. 

